

EJERCICIOS

Haz un resumen de los textos siguientes.

Texto 1:

La literatura: un lujo necesario

Introducir a los adolescentes en el reino de los libros es enseñarles que éstos no son monumentos intocables o residuos sagrados, sino testimonios cálidos de la vida de los hombres, palabras que nos hablan con nuestra propia voz y que pueden darnos aliento en la adversidad y entusiasmo en la desgracia. Decía Ortega y Gasset que los grandes escritores nos plagian, porque al leerlos descubrimos que están contándonos nuestros propios sentimientos. En este sentido, yo no creo que el escritor sea alguien aislado de los otros y singularizado por el genio o por el talento. El escritor, más bien, es el que más se parece a cualquiera, porque es aquel que sabe introducirse en la vida de cualquier hombre y contarla como si la viviera tan intensamente como vive la suya propia.

La literatura, pues, no es aquel catálogo abrumador y soporífero de fechas y nombres con que nos laceraba aquel profesor del que les hablé antes, sino un tesoro infinito de sensaciones, de experiencias y vidas que están a nuestra disposición igual que lo estaban a las de Adán y Eva las frutas de los árboles del Paraíso. Gracias a los libros nuestro espíritu puede romper los límites del espacio y del tiempo, de manera que podemos vivir al mismo tiempo en nuestra propia habitación y en las playas de Troya, en las calles de Nueva York, en las llanuras heladas del Polo Norte, y podemos conocer a amigos tan fieles y tan íntimos como los que no siempre tenemos a nuestro lado pero que vivieron hace cincuenta años o veinticinco siglos. La literatura nos enseña a mirar dentro de nosotros y mucho más lejos del alcance de nuestra mirada. Es una ventana y también un espejo. Quiero decir: es necesaria. Algunos puritanos lo consideran un lujo. En todo caso es un lujo de primera necesidad.

Antonio Muñoz Molina, *La disciplina de la imaginación* (1991)

Texto 2:

Don Leonardo Meléndez debe seis mil duros a Segundo Segura, el limpia. El limpia, que es un grullo, que es igual que un grullo raquítico y entumecido, estuvo ahorrando durante un montón de años para después prestárselo todo a don Leonardo. Le está bien empleado lo que le pasa.

Leonardo es un punto que vive del sable y de planear negocios que después nunca salen. No es que salgan mal, no; es que, simplemente, no salen, ni bien ni mal.

Don Leonardo lleva unas corbatas muy lucidas y se da fijador en el pelo, un fijador muy perfumado que huele desde lejos. Tiene aires de gran señor y un aplomo inmenso, un aplomo de hombre muy corrido. A mí no me parece que la haya corrido demasiado, pero la verdad es que sus ademanes son los de un hombre a quien nunca faltaron cinco duros en la cartera.

A los acreedores los trata a patadas y los acreedores le sonrían y le miran con aprecio, por lo menos por fuera. No faltó quien pensara en meterlo en el juzgado y empapelarlo, pero el caso es que hasta ahora nadie había roto el fuego.

A don Leonardo, lo que más le gusta decir son dos cosas: palabritas del francés, como por ejemplo, "madame", "rue" y "cravate", y también, "nosotros los Meléndez". Don Leonardo es un hombre culto, un hombre que denota saber muchas cosas. Juega siempre un par de partiditas de damas y no bebe nunca más que café con leche.

A los de las mesas próximas que ve fumando tabaco rubio les dice, muy fino: ¿me da usted un papel de fumar? Quisiera liar un pitillo de picadura, pero me encuentro sin papel. Entonces el otro se confía: no, no gasto. Si quiere usted un pitillo hecho... Don Leonardo pone un gesto ambiguo y tarda unos segundos en responder: bueno, fumaremos rubio por variar. A mi la hebra no me gusta mucho, créame usted. A veces el de al lado le dice no más que: no, papel no tengo, siento no poder complacerle..., y entonces don Leonardo se queda sin fumar.

Camilo José Cela, *La Colmena*.

Texto 3:

En Las ranas, Aristófanes hace decir a Eurípides: «He hecho el drama democrático; he escenificado la vida de cada día, la manera en que vivimos». Hace más de 2.300 años que los escritores griegos descubrieron que casi todos los acontecimientos tienen una dimensión humana. El periodismo, un oficio mucho más joven y de territorio impreciso, ha intentado con distinta fortuna aproximar aquel hecho a audiencias indiscriminadas. Pero en el camino se ha topado, se topa cada vez más, con la máxima perversión de la idea clásica: el sensacionalismo.

El creciente tirón del amarillismo informativo no es una degradación confinada a sociedades poco instruidas o a países desvertebrados. Por el contrario, coincide con una época de grandes medios materiales y de libertad sin precedentes. La atracción por el escándalo en sí mismo, su mercantilización, florece en las democracias occidentales avanzadas y alcanza a periódicos que gozaron fama de respetables, y que aún tratan de mantener esa apariencia, infestados como están por el mal del amarillismo. Nos recuerda a los periodistas, si fuera necesario, que la libertad no inmuniza frente a la manipulación, la mentira o el empleo de la palabra, como invasor abusivo de la privacidad ajena.

El sensacionalismo no se alimenta sólo de sexo o violencia, por más que la audiovisualización imparable haya privilegiado estos dos ingredientes. La lucha por el poder político o económico atizan por igual la caldera de la intromisión inmisericorde en las vidas personales. Todo vale para transformar en inquisidores a periódicos y periodistas. Mario Vargas Llosa sostenía en el artículo por el que recibió ayer el Premio Ortega y Gasset de 1999, Nuevas inquisiciones, que la causa última de esta alarmante apuesta informativa es la banalización de la cultura imperante, un hecho contra el que el escritor no encuentra cura.

En las escuelas de periodismo se enseña que la prensa libre justifica su existencia en términos de imperativos morales. Desde aquí queremos creer —y apostamos por ello— que en nuestra sociedad de comunicación global instantánea, sometida a un embate incesante de estímulos imposibles de clasificar y digerir, todavía es posible un compromiso cotidiano con la libertad y la verdad. Que haga de los periódicos, a pesar de sus errores, instrumentos de convivencia creíbles y relegue el amarillismo a moda pasajera o a marca de fábrica para uso de adeptos. [Editorial de El País]

SOLUCIONES A LOS EJERCICIOS

Mostramos unos resúmenes muy breves de los textos anteriores.

Resumen del texto 1:

Hemos de pensar que, de cara a la enseñanza de los adolescentes, los libros no son monumentos intocables y sagrados, sino testimonios de la vida y los sentimientos de los hombres. Particularmente, la literatura no es un conjunto de fechas y autores, sino un tesoro de sensaciones que nos lleva más allá de nuestro espacio y tiempo: podemos viajar a lugares y a épocas lejanos; además, nos enseña a mirar dentro de nosotros. En este sentido, la literatura no es un lujo, sino algo necesario.

Resumen del texto 2:

Don Leonardo debe dinero a mucha gente y planea negocios que nunca salen. Aparenta ser un señor elegante y culto al que no le falta el dinero, pero que vive del sablazo y trata muy mal a los acreedores. A veces pide papel de fumar a los que fuman tabaco rubio con la intención de que lo inviten, pero no siempre le sale bien el engaño.

Resumen del texto 3:

En la Grecia clásica ya se decía que todo lo que sucede tiene una dimensión humana, idea que el periodismo moderno ha hecho suya, aplicada a audiencias indiscriminadas. Pero se ha encontrado con un gran obstáculo, el sensacionalismo. Éste se produce no en países atrasados, sino en las democracias modernas que cuentan con grades medios materiales y una gran libertad de expresión. Como consecuencia de la decadencia de nuestra cultura, el sensacionalismo ha hecho mella incluso en el periodismo con fama de respetable, de forma que todo vale para vender noticias sensacionalistas: el sexo, la violencia, la lucha por el poder económico o político, etc. Sin embargo, pensamos que todavía es posible un periodismo ético, comprometido con la libertad y la verdad, tan como se enseña en las escuelas de periodismo.

